

en cuenta que éste es el último grito de la moda!

—¡Pues parece el último rebuzno! Yo no salgo a la calle contigo, exponiéndome a tener un disgusto.

Gritos, improprios y lágrimas convencen por fin al bueno del hombre, y la familia se lanza a la calle dispuesta a que se luzca la jovencita.

Entre las innumerables personas que pasean por la Rambla, Lisarda pasa completamente desapercibida. Pero ella y la mamá van orondas y satisfechas, mientras don Leoncio piensa lleno de angustia en la perspectiva de tres meses a ración perpétua de lentejas.

¡A cuántos sacrificios y miserias en los hogares conduce la estúpida moda, ese afán de imitación necio, más fuerte que todas las exigencias y causa de tantos males sociales!

SINESIO DARNELL.

EL PLATINO LO DESCUBRIÓ D. ANTONIO DE ULLOA, NACIDO EN SEVILLA.

Los últimos románticos

Tenía los labios rojos cual el jugo de la fresa, la piel como el pétalo de la rosa, la dentadura alba como la nieve... Los ojos grandes, negros y enigmáticos. Ojos misteriosos, inquietantes, de balada, de ensueño, de abismo...

Al embrujamiento de su belleza peregrina, habíanse rendido mil corazones; pero ella no había jamás concedido punto de apoyo a la esperanza de ninguno, tronchando las inclinaciones amorosas tan pronto se mostraban en próxima súplica de correspondencia.

Su padre mostrábase indignado.

—Ya estás en edad de elegir marido—le decía—¿Qué esperas?

La bella mujer, mirando a la lejanía, contestaba:

—No ha logrado aún hombre alguno encender en mi espíritu la llama del amor... ¡Esperaré!

—Todas las mujeres daríanse por muy dichosas si las amase cualquiera de tus pretendientes—insistía el viejo.

Y su hija decía:

—Mi alma, por equivocación, sin duda, ha sido forjada en los yunques del pasado, y se halla en perpétua rebeldía con las costumbres del siglo... Por eso no ha hallado en el camino de mi vida ser alguno que lleve encendidas, cual yo, las divinas lámparas del romanticismo...

—¡Mejor dirías los candiles de la necesidad!

Aleja sonreía.

—No insistas.—murmuraba—Quiero un hombre bueno, honrado, leal, viril, caballero y valiente... Un hombre que no sepa jugar al fútbol, que no lleve trajes afeminados, ni reloj de pulsera, ni calcetines calados... Un hombre recto, soñador, impulsivo, audaz...

—Busca antes el cuervo blanco, imbécil—reía irónicamente el viejo.

* * *

Gota a gota fué cayendo el tiempo sobre la romántica mujer.

Ya no tenía los labios como la madura fresa, ni alba la dentadura, ni la piel cual la hoja de la rosa.

Pero en sus ojos brillaba aún inquietud y misterio, nostalgia y enigmas...

Un triste día de otoño, paseando por las afueras de la ciudad vió sentado en la cuneta del camino a un hombre ya anciano, que tenía puesta la mirada en el lejano horizonte, y por cuyas mejillas corría una lágrima indiscreta.

—¿Qué tenéis, buen hombre?—inquirió.

—Lloro porque reconozco que he sido durante toda la vida un verdadero estúpido—le respondió el anciano—. Figuráos que no